

mirar en el conquistador de las Galias más que el genio guerrero; la matanza que hizo de los jefes francos para consolidar su poder, muestra que, cuando peligraba su ambición, no retrocedía ante ningún crimen. La Iglesia debiera contentarse con bendecir la mano de Dios. El hombre es culpable; lo que ha hecho de grandioso lo ha hecho como instrumento de la Providencia.

N.º 2.—*Los Francos y la Alemania.*

I.—*Propagación del cristianismo.*

La conquista de las Galias aseguró la existencia del catolicismo. Rechazados á España los Visigodos, se vieron obligados, para arraigarse, á convertirse á la fe de Nicea; los Godos de Italia, los Vándalos de Africa, sucumbieron bajo las armas de Belisario; el arrianismo desapareció del mundo. Quedaba por convertir la Alemania pagana. La Iglesia tenía un admirable instrumento de propaganda en sus misiones. Se ha lamentado que el cristianismo no se haya propagado por medio de esta pacífica vía; estos lamentos se disipan ante la realidad. El apóstol de la Germania, mártir de su fe, confesaba que «sin las órdenes y el temor del Príncipe de los Francos, no podría ni dirigir los pueblos, ni defender á los sacerdotes, á los monjes y á los servidores de Dios, ni prohibir las supersticiones de los paganos y el culto sacrilego de los ídolos» (1). Sin embargo, Bonifacio predicaba el Evangelio á poblaciones sometidas al imperio de los Francos. En cuanto á las tribus independientes, rechazaban el cristianismo como la ley del extranjero. Dos monjes abandonaron al fin del siglo VII la isla de Bretaña para propagar el cristianismo entre los Sajones; ambos fueron muertos. Algun tiempo despues de la muerte de Bonifacio el anglo-sajon Liafwin estuvo á punto de tener la misma suerte. El ardiente predicador cometió la imprudencia de amenazar á los paganos con la cólera del Príncipe de los Francos si rehusaban la gracia del bautismo; entonces los Sajones, furiosos,

(1) *Epist. S. Bonifacii*, III, p. 6, ed. Serrar.

exclamaron: ¡Perezca el enemigo de nuestros dioses y de nuestra patria! Iban á matarle, cuando uno de ellos les dijo: «¡Muchas veces han venido á nosotros comisionados de parte de los Normandos ó de los Eslavos; siempre los hemos despedido con presentes; ahora viene el embajador de un Dios, y le hemos de dar muerte!» (1).

Quizás la lenta influencia de la civilización cristiana hubiera acabado por triunfar, sin ayuda de los guerreros, de las antipatías de las poblaciones del norte de Alemania. Pero no era el cristianismo solo el interesado en su conversión; importaba también al porvenir del Occidente. Los pueblos paganos cercaban al Imperio de los Francos como los Germanos habían cercado al Imperio de Roma. Apenas fijados en sus establecimientos, los Francos se vieron amenazados de una nueva invasión; y esta invasión hubiera sido más desastrosa que la primera, porque los paganos venían como enemigos del Dios de los cristianos. La necesidad de la conservación obligó á los Carlovingios á llevar la guerra y el Evangelio al seno de los Bárbaros.

Así se explica la conversión á mano armada de la Alemania, más digna de los sectarios de Mahoma que de los discípulos de Cristo. Aunque se hizo en oposición con el espíritu del Evangelio, tuvo grandes y felices resultados. La violencia cesó con la conquista. Entonces vinieron los pacíficos monjes; roturaron los bosques, cultivaron el suelo, esparcieron sentimientos de moralidad en medio de poblaciones bárbaras. La emigración de los pueblos, que no permitía arraigarse á la civilización, se detuvo. La unidad de la Alemania se preparó por medio de la unidad de creencia y de dominación impuesta á sus tribus: «Los Francos, los Alemanes, los Bávares, los Suabos, los Turingios, los Frisones, los Sajones, unidos por los más fuertes vínculos, se confundieron progresivamente en la misma comunidad social, política y religiosa, y formaron el nuevo Imperio germánico, que marcha desde entonces á la vanguardia de la civilización» (2).

(1) MIGNET, *La Germania en los siglos VIII y IX.*

(2) IBID., *La Germania en los siglos VIII y IX.* — WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, t. I, p. 23; t. II, p. 4.

II. — *La guerra. — La conquista.*

Roma sostuvo una lucha larga y sangrienta con los pueblos germanos. ¿Por qué las legiones se estrellaron contra ellos? Llevaban la civilización material é intelectual de la antigüedad, pero como consecuencia suya el despotismo, el paganismo y la corrupción. Ahora bien, los Germanos, destinados á regenerar el mundo antiguo, debían permanecer libres y puros hasta el momento en que la Providencia los llamára á cumplir con su elevada misión. Ha llegado la hora. Los Bárbaros convertidos al cristianismo se reparten el Imperio. La Alemania debe entrar en la sociedad cristiana; los Francos son los misioneros armados del Evangelio: tal es la razón providencial de su éxito. Dios había preparado el camino á los conquistadores. Cuando los Romanos chocaron con los habitantes de la Germania, éstos se hallaban en toda la fuerza de su salvaje independencia. Las invasiones precipitadas de las hordas asiáticas y las emigraciones de los pueblos perturbaron la Alemania; estaba en plena disolución cuando los Francos, dueños de las Galias, emprendieron la conquista de su antigua patria (1).

Los Francos hicieron la conquista de la Alemania con una facilidad asombrosa. Bastó una sola batalla para someter á los Turingios. En el siglo vi encontramos á los Bávares unidos al Imperio de los Francos, sin que se sepa cuándo ni cómo se hizo la incorporación. Los detalles de las guerras son de poco interés; lo que importa hacer constar es que la civilización de la Alemania procede de la conquista de los Francos. Si hemos de creer las acusaciones que *Gregorio de Tours* pone en boca del rey de los Francos para excitar el ardor de sus compañeros contra los Turingios, la Alemania era más que bárbara: «Condoleos, dice Teodorico, de mi injuria y de la vuestra. Recordad los males que los Turingios han causado á vuestros padres. Arrojándose sobre nuestros padres, les arrebataron todo. Colgaron á los niños de los árboles por

(1) WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, t. II, p. 62.

los tendones de las piernas. Hicieron sufrir una muerte cruel á más de doscientas jóvenes: las unas fueron atadas por los brazos al cuello de los caballos, que, hostigados con agujones de acero, las hicieron pedazos; las otras fueron tendidas en las carriladas de los caminos y clavadas en tierra con estacas; carros cargados pasaron sobre ellas, sus huesos fueron triturados, y sirvieron de pasto para los caballos y los perros» (1). Este refinamiento de crueldad no es un estado natural, no es propio de las costumbres germánicas. No se puede explicar sino por la influencia desmoralizadora de la invasión: ella destruyó las semillas que el Evangelio había arrojado en los países ocupados por los Romanos; ella rompió los vínculos que unían á los hombres, la autoridad de las leyes, el freno de la religión. Necesitaba la Alemania de un principio de regeneración; lo encontró en el cristianismo.

Las primeras conquistas de los francos en Alemania fueron una invasión más que una ocupación. Después vinieron las disensiones interiores de los conquistadores, que favorecieron las tentativas de las poblaciones germánicas para recobrar su libertad. Al mismo tiempo que se relajó el vínculo político con los Francos, se detuvo la propagación del cristianismo. La conversión y la conquista fueron renovadas á la vez por los Carlovingios; el conquistador se apoyó en el misionero, y el misionero predicó bajo la protección del guerrero. Cuando Bonifacio emprendió su santa obra, el Papa le remitió una carta, en la cual le recomendaba á la benevolencia del jefe de los Francos. Carlos Martel dió al apóstol de los Germanos todo lo que le era necesario para su misión; su autoridad le sirvió de defensa contra los paganos. El guerrero que tomó á Bonifacio bajo su protección especial no debía ser un cristiano muy ferviente, puesto que la leyenda católica le coloca en las llamas del infierno. ¿Por qué, pues, aquel celo por la propagación del cristianismo? Es que el interés del conquistador estaba íntimamente unido al interés de la Iglesia. Fundado sobre el catolicismo, el Imperio de los Francos no podía extenderse entre los pueblos paganos sino con ayuda de la fe cristiana; á su vez la re-

(1) GREGOR, TURON., III, 7 (Traducción de CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*).

ligion no podía dominar las poblaciones bárbaras de la Alemania sino con las armas en la mano. De aquí proviene que las guerras más importantes de los Carlovingios son casi guerras de religion.

La guerra contra los Sajones ha sido celebrada como una obra de civilizacion (1) y censurada como un crimen (2). Importa, ante todo, fijar el verdadero carácter de la lucha. No data de Carlo-Magno. Las hostilidades entre Francos y Sajones se remontan hasta los bosques de la Germania; tenían su origen en una antipatía de raza y en una rivalidad de ambicion (3). La guerra fué tan sangrienta bajo los Merovingios como bajo Carlo-Magno: « Los Sajones, dice el autor de la *Vida de Dagoberto* (4), se habian sublevado contra los Francos; el rey los sometió tan completamente que hizo perecer á todos los varones cuya talla excediera de la longitud de su espada; queria que el recuerdo siempre vivo de aquella mortífera espada contuviese la audacia de sus hijos. » Pero la audacia de los fieros habitantes de la Germania era indomable; la raza de Clodoveo legó la lucha á los Carlovingios. Carlos Martel hizo expedicion sobre expedicion contra los antiguos enemigos del nombre franco; los venció sin someterlos. Carlo-Magno halló á los dos pueblos comprometidos en permanentes hostilidades: el asesinato, dice *Eginhardo*, el pillaje y el incendio se renovaban sin cesar en las fronteras (5).

Así pues, la guerra contra los Sajones era, en su origen, una lucha de nacionalidades. Los odios de raza ocultaban un objeto más elevado: el combate de la civilizacion contra la barbárie; los enemigos de los Francos eran tambien los enemigos de la humanidad. Los Sajones habian conservado toda la ferocidad de sus antepasados; los sacrificios humanos seguian manchando los altares de sus dioses; fueron necesarias las leyes de sangre de Carlo-Magno para contener aquella horrible efusion de sangre. Su derecho de guerra era digno de su religion: « Feroces por naturaleza, dice *Eginhar-*

(1) LEIBNITZ, *Annal. Imperii Occident.*, t. I, p. 4.

(2) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. XV.

(3) LUDEN, *Hist. de los Alemanes*, lib. X, c. 6.

(4) *Gesta Dagoberti*, c. 1 (D. BOUQUET, *Recopilacion de los historiadores*, t. II, p. 580).

(5) EGINHARD, *Vida de Carlo-Magno*, c. 7.

do (1), entregados al culto de los falsos dioses, los Sajones no se avergüenzan de violar las leyes humanas.» Este estado social de los Sajones es un hecho importante. Prueba que, durante largos siglos, la barbárie germánica habia permanecido la misma. La civilizacion no habia dado un paso hacia quinientos años. ¿No es esto una prueba de que necesitaban los Germanos de un impulso venido de fuera para introducirse en la sociedad de los pueblos civilizados? En vano se negará esto; sería negar la evidencia. La guerra ha sido en la antigüedad, y lo fué tambien para las tribus germánicas, el instrumento de la cultura intelectual y moral. El contacto con Roma y con el cristianismo civilizó á los Bárbaros. Carlo-Magno va á comunicar el mismo beneficio á las razas sajonas (2).

Tal es la justificacion providencial de la guerra contra los Sajones. Si no hubiera tenido otra razon que la superioridad de civilizacion de los vencedores, sería difícil legitimarla bajo el punto de vista del derecho. Se puede añadir con *Leibnitz* que era una guerra defensiva (3). Hacia el siglo IX se preparaba una nueva emigracion de Bárbaros, cuya vanguardia eran los Sajones; ya los Normandos poseian el mar y el Oriente vomitaba guerreros formidables; al Norte los Húngaros, al Mediodía los Sarracenos. No habia más que un medio de conjurar esta invasion amenazadora, y era el llevar la guerra al seno de las poblaciones paganas que cercaban al Imperio como fieras prontas á arrojarse sobre su presa. La larga lucha que Carlo-Magno tuvo que sostener contra los Sajones, aun cuando reunió en sus manos todas las fuerzas de la Europa, prueba cuán peligrosos eran los enemigos de la civilizacion cristiana. Durante un siglo, la cristiandad fué insultada, saqueada, asolada por los Normandos, los Húngaros y los Sarracenos; ¿hubiera podido resistir, si los indomables Sajones se

(1) EGINHARD, *Vida de Carlo-Magno*, c. 7.— Los historiadores francos aplican en cada página la nota de crueldad y de perfidia á los Sajones. Aunque la acusacion venga de un enemigo, es creible, porque está en armonía con lo que sabemos de las costumbres de los antiguos Sajones.

(2) WAITZ, *Verfassungsgeschichte*, t. II, p. 45.

(3) LEIBNITZ, *Annal. Imperii Occidentis*, t. I, p. 483, núm. 10.

hubieran unido á los Bárbaros? (1). Gracias á las tenaces guerras de Carlo-Magno, la invasion fué detenida en su principio.

Este inmenso resultado fué debido á la alianza de las armas y de la religion. Los Sajones, heróicos representantes del paganismo germánico, no podian ser vencidos sino por una religion superior. Carlo-Magno lo conocia; así es que la guerra tomó las apariencias de una cruzada: «El Rey, dicen los analistas, resolvió atacar á los crueles y pérfidos Sajones, y no detenerse sino despues de su completo exterminio ó de su conversion al cristianismo. Habiendo consultado á los servidores de Dios, reunido un gran ejército é invocado el nombre de Cristo, partió para la Sajonia, acompañado de todos los sacerdotes y doctores de la fe que podian imponer á este pueblo el dulce yugo de Cristo» (2). Si los sacerdotes eran indispensables para consolidar la victoria ganando los espíritus, las armas del conquistador eran igualmente necesarias para atraer los fieros Bárbaros al Evangelio. Un poeta de la raza de los vencidos ha reconocido esta triste verdad: «¡Santa solicitud de Dios! exclama el *monje sajón*. El Eterno habia conocido que nada podria dulcificar el espíritu duro de estos hombres. Para dominar su rudeza innata, para someterlos á la ley de Cristo, les dió por señor al gran Cárlos, que, dominando por medio de la guerra á los que no podia conquistar con los buenos consejos, les hizo entrar, á pesar suyo, en el camino de la salvacion» (3).

(1) GUIZOT, 20.^a leccion.—MICHELET, *Historia de Francia*, lib. II, c. 1.

(2) EINHARDI *Annales ad a. 775*.—*Vita S. Sturmi* (PERTZ, t. II, p. 376).

(3) POETA SAXO, *ad a. 775* (PERTZ, t. I, p. 231, v. 14 y sig.). En el epílogo el poeta da gracias al vencedor de los Sajones por haberlos iniciado en la civilizacion cristiana. El homenaje de este Bárbaro es el más bello que se haya tributado á Carlo-Magno (PERTZ, I, p. 267): «Debo á Carlo-Magno una ardiente afeccion, le debo un reconocimiento sin límites. Él es el que ha hecho brillar á los ojos de nuestra nacion la luz de la fe, el que ha disipado las tinieblas de la supersticion. ¡Qué de guerras le ha sido necesario sostener! ¡Qué de peligros ha debido arrostrar! ¡Qué infatigable ardor ha puesto en su obra! Ha reunido todas las fuerzas de su Imperio para separarnos del culto de los demonios. ¿Quién hubiera tenido el poder de ablandar la feroz barbarie de los Sajones por medio de la predicacion del dogma? La Providencia, en su bondad, ha hecho por medio de Carlo-Magno lo que no hubiera podido hacerse sin él. Para dominar estas almas de hierro y someterlas al Señor, usaba unas veces del terror de la guerra, otras del atractivo de los beneficios, siempre magnánimo y generoso. No descansó hasta que toda la Sajonia, arrojando sus idólos, hubo abrazado la verda-

La guerra de los Sajones, como todas las conquistas de los hombres predestinados que la humanidad saluda con el nombre de héroes, ha tenido, pues, una gran mision. Carlo-Magno salvó á la cristiandad, convirtiendo á los Bárbaros con las armas en la mano; la sangre y las ruinas fueron el gérmen de donde salió una poderosa civilizacion. En los tiempos bárbaros los males causados por la guerra se curan pronto. Un siglo despues de la conquista la Sajonia fué el elemento más vivo de la Alemania; príncipes de raza sajona pusieron sobre su cabeza la corona imperial y propagaron á su vez el Evangelio entre las poblaciones del Norte. Sin embargo, si debemos justicia á los conquistadores, guardémonos de justificar por los resultados los crímenes á que sus pasiones los arrastraron. Gozamos de los frutos de la victoria; la historia nos enseña que la derrota de los Sajones era providencial; sin embargo, al leer los anales que trazan los detalles de aquellas sangrientas querellas, nuestras simpatías no están por los vencedores, están por el heróico Wittikind, «despues de Herman, el mayor defensor de la libertad germánica» (1). El grito de la conciencia se subleva contra la atroz barbarie de Carlo-Magno, al inmolar á sangre fria, siendo vencedor y dueño de Europa, á cuatro mil quinientos nobles sajones: «Si estos prisioneros, dice *Voltaire*, hubieran sido súbditos rebeldes, semejante castigo hubiera sido un castigo horrible; pero tratar así á hombres que combaten por su libertad y sus leyes, es accion de un bandido á quien ilustres sucesos y cualidades brillantes han hecho por lo demas un grande hombre.» Las leyes dictadas por Carlo-Magno para evitar la apostasia de los Sajones son más terribles aún que la carnicería de la guerra. En cada línea se ve la muerte en esta legislacion de sangre: ¡contra el que pega fuego á una iglesia, la muerte; contra el robo en una igle-

dera fe. ¿No debe cada uno de nosotros, segun sus fuerzas, pagarle el tributo de su gratitud? Si alguna inspiracion poética, si alguna ciencia ilustra mis escritos, ¿no es á Carlo-Magno á quien pertenece la gloria de ella? ¿No es á él á quien debo lo que soy? Nuestros padres no ignoraban sólo la fe, eran rudos en todas las cosas; Carlo-Magno es quien nos ha dado la cultura en esta vida y la esperanza de una vida eterna.»

(1) VOLTAIRE, *Anales del Imperio*, año 772.